

Candela camina a muerto

Diana Calleja Redondo

Primer premio “Fundación San Juan de Dios”

Esa mañana Candela no hizo la cama.

Miró sus sábanas bordadas, arrugadas y deshechas. Tensó los labios, resistiéndose tercamente a sus más arraigadas costumbres. Les dio la espalda y se dirigió al armario.

Eligió una falda y una blusa que reservaba para las ocasiones especiales. La última que recordaba había sido en el entierro de su hermano Antonio, hacía ya dos años, y desde entonces la blusa negra y la falda plisada habían permanecido listas, planchadas y lavadas, a la espera.

Candela se vistió despacio, dedicó bastante tiempo a ponerse unas medias cortas, con cuidado de no arañarse la fina piel con las uñas mientras subía la tela hasta las pantorrillas. Refunfuñó cuando finalmente terminó la tarea y estiró la espalda después del esfuerzo.

Caminó renqueante hasta la cocina, encendió la luz, y con manos temblorosas rearmó la cafetera italiana y la puso al fuego. Esperó paciente hasta que escuchó el familiar burbujeo atragantado, y se sirvió una generosa cantidad en una primorosa tacita, adornada de flores y prados que tanto le recordaban al antiguo paisaje de su pueblo. Sus manos cada vez estaban más rígidas, las articulaciones de sus dedos no dejaban de resistirse a ejecutar las órdenes más simples, y eso la frustraba. No se puso azúcar, pero sí un par de píldoras de sacarina.

Suspiró encorvada sobre su taza, cada día todo parecía más y más difícil.

Hasta respirar se le hacía pesado. Y estaba tan cansada...

Candela se peinó con cuidado, y después se pintó los labios con un carmín que contaba más años de los que recordaba. Se ajustó un colorido pañuelo al cuello y tomó una chaqueta ligera y su bastón.

Cerró la casa pasando dos veces la llave, y comenzó a caminar en una callada lucha de voluntad por transitar las calles que antaño tanto había amado, y que hoy se le antojaban incólumes, tan imposibles de conquistar como la más alta de las montañas.

El chasquido de las rodillas se acompañaba por los golpes del bastón sobre la acera, era su propia comparsa, un ser humano todo chirridos y traqueteos.

Candela pestañeó rápido intentando que las lágrimas de dolor no le nublaran la vista, ya bastante le costaba ver de lejos, no necesitaba más molestias de las que enfrentaba. Apretó los labios y continuó su camino, sin permitir que las inclemencias de la edad interrumpieran su determinación.

A lo lejos comenzaron a tañer las campanas de la iglesia. Candela aprovechó el inciso y se detuvo a escucharlas, dejando que su mente vagase hacia el recuerdo. Antaño, las campanas las tocaba Matías, un antiguo monaguillo, pero cuando él murió el cura compró uno de esos campanarios automáticos que tocaban melodías perfectas, carentes del carácter y el saber hacer de Matías. No lo culpaba, en el pueblo apenas quedaba gente joven, mucho menos nadie que quisiera subirse al campanario a repicar campanas y aprender los sonidos de cada ocasión.

Las campanas cantaban una melodía que ya solo los viejos como ella sabían interpretar. Hacía mucho que no llamaban a boda, la mayor parte de las veces lo hacían a misa de domingo, pero en mañanas como aquella, lloraban a muerto.

Candela meneó la cabeza. Últimamente era demasiado habitual.

El primero de sus hermanos en irse fue Luis, el pequeño: 72 años, cáncer de colon. La segunda Tomasa, la mayor: 95 años, neumonía. El tercero fue José, el tercero también de la familia: 88 años, sepsis, dijeron los médicos. El último había sido su marido, Paco: 91 años, cáncer de próstata.

En poco tiempo se había quedado sola. Su única sobrina la visitaba de vez en cuando, pero su marido también estaba enfermo, por lo que no podía quedarse mucho, ni venir muy a menudo.

Candela recordaba los tiempos en los que todo era más fácil, cuando las rodillas no rechinaban ni dolían, cuando sus pasos ligeros la llevaban al trabajo, a casa, con Paco y con sus amigas. Recordaba cómo entonces sus manos no se resistían a sus deseos, obedecían diligentes y sin chistar. Recordaba que en aquellos tiempos hacía siempre más frío, que por las calles corría agua de las lluvias y que los campos siempre estaban verdes y llenos de charcas con sapos y culebras.

Que había que tener cuidado para no meter los pies en los *braojos* de los ríos. Que no debía levantar piedras en verano ni alejarse de casa cuando comenzaba a caer el sol. Que su madre siempre la reñía por romper las faldas en los pedroches de la muralla, fingiendo que eran un tobogán, o cuando llenaba de barro sus zapatos.

También recordaba el sonido de la radio de su abuelo, y las historias de la guerra. El hambre en las tripas las noches que a su padre no le pagaban el jornal en el campo, o cuando sí se lo pagaban y se lo gastaba en vino.

Candela sonrió de añoranza mientras las campanas resonaban, la grande y la pequeña, en un baile destartado que ya pocos escuchaban y aún menos entendían, cada vez más veloces, más violentas en sus volteretas.

Ella era las campanas: La grande como sus pasos con su “clón, clón, clón” grueso y oxidado. La pequeña como su bastón, golpeteando a complemento con un “clán, clán, clán” en estallidos. Las dos cantando su melodía triste e incomprensible, anunciando que ese día alguien había muerto.

Candela caminaba de la misma manera, con el mismo fin.

Llegó resoplando hasta el consultorio, en los buenos tiempos permanecía abierto todo el día, pero ahora ya sólo lo hacía los lunes y los jueves en horario de ocho a tres. No había gente en el pueblo y por tanto tampoco médico ni practicante, o enfermera, como siempre le recordaba María que se decía ahora.

Entró en el edificio donde había ocho consultas de las cuales ya solo se usaban dos. Se sentó agradecida de poder descansar, aunque fuera en una de esas incomodísimas sillas de plástico. Sus manos se apoyaron sobre el bastón y esperó pacientemente en un duermivela del que solía ser víctima demasiado a menudo.

—Ay Candela, no sabía que estabas ahí. Pasa mujer, pasa. Qué guapa estás hoy.

María le sonreía desde la puerta de su consulta. Llevaba puesto medio uniforme, como tenía costumbre. La parte de arriba blanca y con un bolsillo a reventar de bolígrafos de colores y chapas con mensajes escritos que Candela no alcanzaba a leer. Después unos pantalones rotos y desgastados (que habrían espantado a su madre) y zapatos enormes de plástico llenos de muñecos.

—No quería molestarte, por si estabas ocupada —dijo Candela, y María negó vehementemente, invitándola a pasar.

—Que va, a estas horas solo estoy haciendo informes para la asistente social, ¿o es que querías hablar con Amaya? —preguntó refiriéndose a la médica.

—No, no. Solo vengo a que me pongas en la tarjeta la pastilla esa para dormir, que quiero pasarme por la farmacia antes de que cierren.

—¿Ya terminaste la anterior caja?

—Sí, y no descanso. Estoy agotada.

—Debe ser muy complicado... —reflexionó María mientras llegaba al otro lado de su escritorio y comenzaba a teclear en el ordenador—. ¿Sigues tomando *sertralina*?

—Esa la dejé, no me hacía nada.

—Ya... Lo que ocurre es que esa pastilla te iría mejor, te ayudaría a equilibrar un poco el ánimo. No es bueno tomar durante mucho tiempo fármacos para dormir.

—Pero con mis años qué más da —respondió resignada.

—Amaya te pautó *sertralina* por un motivo, deberías tomarla —le advirtió María, de forma seria.

—Bueno, lo haré.

—De acuerdo —asintió María, aunque poco convencida—, pues ya lo tienes. He renovado las recetas, pero me gustaría que volvieras el jueves a primera hora para hablar con Amaya. Hoy ha tenido que ir a otro pueblo y solo ha podido pasar media consulta, te anoto en la agenda.

—No te preocupes, ya me pasaré yo cuando tengáis menos lío.

María la miró contrariada una vez más.

—Estoy viendo que tu última analítica es de hace tres años, quizás habría que repetirla.

—Ay que no, no te molestes. Yo con esto ya estoy bien, gracias cariño —dijo Candela, levantándose de nuevo y obligando a sus piernas a avanzar una tras de la otra, victoriosa al haber logrado su objetivo.

—No tomes más de una pastilla para dormir, ¿has entendido? —volvió a insistir María, acompañando sus pasos hacia la puerta.

—Bueno, bueno... —refunfuñó Candela—. A mi edad...

Comenzó a alejarse con su caminar de campanas a muerto, dispuesta a recoger en la farmacia su billete de ida y encuentro. Se sentía impaciente, y asustada. Se sentía ilusionada al pensar que quizás, aquella noche, al fin podría regresar a los brazos de Paco y de su madre.

—¡Candela! —Se giró al tiempo de ver como María cerraba el consultorio con llave y corría hacia ella con zancadas ágiles por la calle empedrada y con aquellos horrendos zapatos—. Te acompaño, agárrate —dijo ofreciéndole su brazo, y Candela no pudo más que suspirar al equilibrarse en ella, agradecida—. ¿Ibas a la farmacia? Yo tengo que hacer recados, no me traje comida. Voy al bar de Isa a ver qué tiene hoy, ¿tú que vas a comer?

Candela la miró un instante, intentando inventar una mentira, porque lo cierto es que pensaba irse con el estómago vacío. Tampoco era como si últimamente tuviera hambre.

—Yo con cualquier cosa me apaño —contestó sin embargo.

—Pero tú eras cocinera, ¿no? Me tienes que dar una receta para hacer unas buenas lentejas, la única que guisaba bien en mi casa era mi abuela, que en paz descanse.

—Las lentejas no tienen nada, solo hay que guisarlas con mucho laurel y después picarles un ajo entero frito, con bien de pimentón.

—¿Nada más?

—Antes comíamos de lo que había, y no había mucho. Así quedan buenas, a Paco le encantaban.

—Ay, yo soy muy poco mañosa, me pasa como a mi madre, que los guisos no me saben bien.

—La cocina requiere tiempo y atención, es cuestión de practicar. Tener una buena maestra también ayuda.

Entraron al bar de Isa, el único que seguía abierto en el pueblo. María insistió mucho para que Candela comiera con ella, y finalmente accedió, pensando que tampoco tenía tanta prisa.

Isa les sirvió un guiso de patatas y magro, y Candela supo nombrar perfectamente todos los ingredientes, incluso se atrevió a esbozar una receta de corrido. María lo apuntó todo en su teléfono y después regresaron juntas al consultorio.

Candela miró la hora en su reloj de muñeca y jadeó.

—Ya me han cerrado la farmacia —dijo, abroncando a María.

—Bueno, si solo era por la pastilla de dormir no pasa nada. Hoy te haces una tila calentita —sonrió conciliadora—. Yo me voy ya a casa, te espero el jueves con Amaya. Voy a hacer esas lentejas y te traigo un *tupper* para que me des tu opinión, a ver si me han quedado buenas.

—Vale cariño —respondió Candela, con una pequeña sonrisa.

Y reanudó su paso, pero esta vez sus piernas y su bastón cantaban una melodía diferente. Las campanas que resonaban dentro de ella ya no eran violentas, si no pausadas. De repente sentía la cabeza más ligera, el cuerpo menos pesado.

Se detuvo a hablar por el camino con una de sus vecinas, y le prometió pasar a tomar café en la tarde.

Aquella noche se acordó de la caja de pastillas, pero no las de dormir, si no esas que le había insistido tanto María en que se tomara. Se tragó una junto a la tila, y regresó a sus sábanas arrugadas con disgusto. Debería haber hecho la cama.

A su pesar iría a la consulta del jueves, pero no porque lo necesitara, simplemente tenía ganas de probar las lentejas que le traería María.